DIOGENES Y LOS OSCUROS

De: Miguel Angel Canto

Personajes:

DARIO
SOCRATES
UN CHAVO
UNA MUCHACHA
ROSA
HELMONCKE
DOS POLICLETOS
SEEK
DESTROY
UN TRAMOYISTA
MUCHAS VOCES

A Chico Buarque y Caetano Veloso.
A José Ramon.
A Paco.

PRIMER ACTO: "Y EL LLEGO..."

(*Despues de la segunda llamada se oyen gritos de un hombre*).

Hombre gritando.- Vete de aquí mala hija. Yo que te lo di todo, que me rajé el lomo trabajando para que tuvieras una vida decente; mira cómo me pagas. Lárgate de mi casa y no regreses. Desde hoy estás muerta para mí. Fuera de aquí, puta.

(*Una muchacha embarazada entra con sus maletas. Se dirige al público*).

Muchacha.- ¿Puede alguien decirme lo que puede hacer una muchacha embarazada, sin dinero, sin hogar, sin trabajo y abandonada por el hombre que la ayudó a meterse en todos estos problemas? ¿No saben...? Ni modo. Gracias de todas maneras.

(*El escenario está completamente vacío, a no ser por un potente trono, el cual. por el momento, permanece en la oscuridad. Un tramoyista entra arrastrando un baúl grande*).

Tramoyo.- Me pidieron que les hiciera algunas aclaraciones antes de empezar la función. Antes que nada me pidieron que les quede bien claro que lo que verán a continuación es simplemente teatro, un poco de ficción presentada como realidad. Yo no veo el caso de aclarar esto, pero bueno... En segundo lugar me pidieron que les diga que la obra no se trata de la chava que acaban de ver. Pues para qué la ponen entonces. Lo demás que me pidieron que les diga mejor veanlo ustedes mismos. Creo que será lo mejor. Sin más por el momento, esta es la tercera llamada. (*Sale*).

(*Del baúl sale lentamente Darío, quien viste una túnica blanca y larga. Se dirige con paso solemne al trono y se sienta en él*).

Dario.- Creo que he estado encerrado el suficiente tiempo. He llegado a un punto en el que no puedo ya habitar únicamente ese baúl. Quiero y pienso que debo salir. Es momento de ser libre y enfrentarme al mundo de afuera. Acepto tener miedo, pero también reconozco que tengo la fuerza suficiente para salir y lo haré. No estaré solo en mi aventura, llevaré conmigo a mi fiel servidor. El será el medio por el cual me relacionaré con el mundo exterior, mi invaluable guía. Es momento de comunicarle mi desición. Aristóteles.

(*Aristóteles sale disparado del baúl. Viste también túnica blanca y larga como la de su patrón*).

Aristóteles.- Dígame señor.
Darío.- Acércate Aristóteles.
Aristóteles.- ¿Siente el señor deseos de alimentar su espíritu?
Darío.- Así es Aristóteles.
Aristóteles.- ¿Qué tema quiere tratar el señor en esta ocasión?
Darío.- No quiero charlar. Amigo, quiero pedirte que me acompañes.
Aristóteles.- A explorar su interior, supongo.
Darío.- No Aristóteles, quiero que me acompañes al mundo de afuera.

Aristóteles.- No lo dirá usted en serio...
Darío.- Quiero conocer lo que hay afuera de este sitio al que estamos confinados.
Aristóteles.- Pero señor, usted no ha tenido nunca contacto con el mundo exterior más que en teoría.
Darío.- Es por eso Aristóteles que quiero salir. Necesito percibir con mis propios sentidos eso que se conoce como realidad.
Aristóteles.- La realidad puede trastornar sus sentidos señor.
Darío.- Estoy preparado para ello, no te preocupes. Es por eso que quiero empezar a llamarte por tu verdadero nombre.
Aristóteles.- ¿Qué?
Darío.- Anda, dime el nombre con el que te conoce la gente de afuera.
Aristóteles.- ¿Está usted seguro señor?
Darío.- Totalmente amigo mío.
Aristóteles.- Siga llamándome Aristóteles señor, me da igual.
Darío.- Dilo, no temas nada.
Aristóteles.- Me llamo Sócrates, señor.
Darío.- ¡¿Sócrates?!
Sócrates.- Sí señor, Sócrates.
Darío.- ¿Por qué no me lo dijiste antes?
Sócrates.- Fue usted quien quizo bautizarme Aristóteles.
Darío.- Lo sé, lo sé. Es mi culpa. ¿Te das cuenta de todo lo que desconozco por no permitir que el mundo exterior llegara a mí mas que en teoría?
Sócrates.- Se estaba usted conociendo a si mismo, señor.
Darío.- Ha sido suficiente de conocerme a mí mismo. Necesito dar el paso que sigue.
Sócrates.- Quá más puedo decir. Se hará lo que usted ordene.
Darío.- Prepara pues el vehículo y partamos a la aventura.
Sócrates.- Señor, lamento decirle que no posee usted ningún vehículo.
Darío.- ¿No? Bueno, no importa. Haremos el viaje a pie. Prepara lo que sea necesario.
Sócrates.- ¿A pie? Pero... Sea pues. (*Sale*).
Darío.- Ah, feliz día éste. Mi espíritu está ansioso de conocimiento. ¿Qué será lo que nos depara el mundo? Quiero verlo.

(*Sócrates entra con dos juegos de pants, sudadera y tenis, uno de los cuales entrega a Darío*).

Darío.- ¿Esta es la ropa que usa la gente.
Sócrates.- Una de las muchas que ya conocerá. Traje también una guía turística de la ciudad, creo que nos será de mucha utilidad.
Darío.- Pero si está en ingles.
Sócrates.- Ya ve, le advertí que tenía que aprender ingles porque se estaba convirtiendo en la lengua universal.
Darío.- Pero estaba yo aprendiendo griego y latín.
Sócrates.- Ahora que salgamos y trate usted de hablar con alguien en griego o latín se dará usted cuenta de por qué se les conce como lenguas muertas.
Darío.- Está bien, está bien. Que el idioma no sea un obstáculo para nuestra partida. Supongo que la gente hablará castellano.

Sócrates.- Esa también se está convirtiendo en lengua muerta, señor.
Darío.- ¡Dios! Pero no nos retrasemos más. Mudémonos de ropa.
Sócrates.- (*Al público*). Co su permiso. (*Se cambian con bastante timidez*).
Sócrates.- Listo señor, ahora no tenemos otra cosa que hacer mas que salir.
Darío.- Salgamos pues.

(*Entra el tramoyista, al que ambos observan extrañados desde que entra. Lleva un señalamiento de calles que coloca en algún sitio. Toma el trono y el baúl y los saca arrastrándolos. Cambio de iluminación y estamos en la calle*).

Darío.- ¿Era ese un personaje de este mundo?
Sócrates.- Bueno, no precisamente , señor. Digamos que simplemente nos ayudó a ahorrarnos un oscuro.
Darío.- Es impresionante, Sócrates.
Sócrates.- Esto es el mundo de afuera.

(*Se hace un oscuro*).

Darío.-¿Qué pasa Sócrates?
Sócrates.- No entiendo. Debe ser un oscuro erroneamente programado en la computadora.
Darío.- ¿Qué es ese asunto de la computadora?
Sócrates.- La ama y señora de los seres humanos.
Darío.- ¿Qué?
Sócrates.- Nada señor, es simplemente un aparato.
Una voz.- Regálenme un varo.
Darío y Sócrates.- ¡¿Quién está ahí?!
La voz.- Chale.

(*La luz va entrando gradualmente hasta alcanzar un ambiente nocturno. Bajo el señalamiento de las calles se encuentra un chavo de las mismas, andrajoso y con la mona*[1] *en la mano*).

Darío.- ¡Ah! Ahora sí lo vemos joven pero hace un momento no. Nos alarmó usted.
Chavo.- Chale, cómo no me van a haber visto.
Sócrates.- Señor, creo que este joven se encuentra en un estado inconveniente. Lo mejor será irnos. El no estaba aquí.
Chavo.- Bájale de huevos hijo. Aquí he estado siempre. A ver, ¿cómo sé que estaban hablando de los oscuros y de no se qué madres de las computadoras si no estaba yo aquí?
Darío.- Tiene razón Sócrates, sosteníamos una conversación acerca de las computadoras. Aunque eso de la madre de los oscuros no recuerdo haberlo mencionado.
Sócrates.- Es una manera de expresarse señor. Pero efectivamente, de eso hablábamos. Sin embargo señor, le juro que yo no lo ví.
Darío.- Yo tampoco amigo mío, mas nos ha probado su presencia aquí.
Sócrates.- No comprendo qué ha pasado aquí.

[1] Estopa o cualquier otro trapo con solvente.

Chavo.- ¿Me van a prestar ese varo o nomás nel?
Darío.- ¿Qué es el varo?
Sócrates.- Varo significa dinero señor.
Darío.- ¿Llevamos dinero con nosotros?
Chavo.- Un varo hijos, no sean gachos. Es para comprar un pan.
Darío.- Supongo que nos llama hijos como forma de expresión.
Sócrates.- Así es, señor. Toma y vete.
Chavo.- Chido hijo. No tendrán un tabaco que me regalen.
Sócrates.- No fumamos.
Chavo.- Chale. Préstenme otro varo para un tabaco ¿no?
Sócrates.- Toma pero ya vete.
Chavo.- Buena onda carnal. Ustedes sí son chidos. Si tienen algún pedo por estos rumbos nomás pregunte por el mono y yo les hago el paro. (*Comienza a irse*).
Darío.- ¿Qué dijo? ¿Por qué se va? No dejes que se vaya, llámalo.
Sócrates.- Señor no...
Darío.- Joven espere.
Chavo.- ¿Qué onda hijo?
Darío.- ¿Onda?
Sócrates.- Que qué es lo que quiere decirle.
Darío.- ¡Ah! Bueno, verá, aparte de su extraña aparición, es usted un suceso importante para mí. Usted es el primer ser humano con el que tengo contacto. Obviamente después de Sócrates y de Protágoras, que era mi antiguo servidor.
Chavo.- Que buen pedo.
Darío.- Sí, muy buen pedo.
Sócrates.- Señor, no creo que sea prudente que hable usted con él.
Darío.- ¿Por qué no? Recuerda Socrates que para eso estamos aquí.
Chavo.- ¿A poco vinieron a hablar conmigo?
Darío.- Así es.
Chavo.- ¿Son de algún periodico o que transa?
Darío.- No pertenecemos a ningún tipo de transa, lo que sea que esto signifique. Simplemente queremos enfrentarnos con la realidad.
Chavo.- ¡Ora! Que loco.
Darío.- Queremos saber todo lo que pueda decirnos. ¿Quién es usted? ¿Cuál es su visión del mundo? En fin, todas esas cosas.
Chavo.- ¿Visión del mundo? Qué pedo.
Sócrates.- Lo que el señor quiere saber es qué transa contigo, ¿tú de qué la rolas?
Chavo.- ¿De qué la rolo?
Sócrates.- Sí, ¿qué pedo con tu vida?
Chavo.- ¡Ah, eso! Pues mira hijo, yo soy el futuro del país, aunque soy más bien el presente: joven, sin escuela y de la calle. El mundo no tengo tiempo de verlo, tengo que vivirlo, si no, me lleva la que te conté.
Darío.- ¿Pero cómo es que usted vive el mundo?
Chavo.- Activando, mendigando y lo que vaya cayendo.
Darío.- ¿Y no aspira unted a una vida mejor?
Chavo.- Pus sólo cuando me muera hijo.
Darío.- ¿Considera usted la muerte como el paso a una vida mejor?

Chavo.- Espero que al menos no sea peor que ésta.
Darío.- No puedo creerlo.
Sócrates.- No es extraño, sobre todo considerando los tiempos en los que vivimos.
Darío.- ¿Por qué? Habiendo tantas cosas por ver en la vida, tanto por aprender.
Chavo.- Mira hijo, yo ya sé lo que tenía que saber, y es más, ya sé demasiado. He visto lo que tenía que ver y también he visto de más. ¿Qué más puedo hacer? No me queda de otra más que decir: ni pedo.
Darío.- Siempre hay otras cosas.
Chavo.- No, no hay otras cosas.
Darío.- Yo pienso que siempre se puede aspirar a ser mejor.
Chavo.- ¿Ser mejor? ¿Ser mejor? No manches hijo. (*Al público*). Oiganlo, "ser mejor". ¿Me puede alguien decir quién chingados está pensando en ser mejor? Eso no existe. En este pinche mundo sólo puedes ser como eres. Aquí no hay eso de "aspirar a ser mejor", está prohibido. Aquí tienes que ser el más hijo de puta. Aquí, si no te los chingas, te chingan. Esa es la neta, esa es la bien pinche lamentable neta. Aquí sólo sobrevive el cabrón más fuerte, los débiles se mueren. Te tienes que apretar los huevos desde que naces y ya que estás en la tumba te los puedes soltar. Aquí, mis amigos, es la mierda; y si te atreves a aspirar a algo mejor que ella te lleva la chingada. Es la mierda lo que comes, lo que respiras y lo que vives; quien ha querido algo mejor ha muerto. Aquí es la mierda, y ésto mis queridos amigos, es lo que yo entiendo como realidad.

(*El chavo abre la mano con la que sostenía su mona y aparece un girasol. Entran dos policletos en sus vehículos. Dan vueltas alrededor del chavo mientras éste dice:*)

Chavo.- A pesar de todo, yo he creido siempre que la vida es un jardín hermoso en el que todos las flores buscan siempre la luz del sol. Yo también la he buscado, aunque para mí fuera más difícil. Yo tengo todas las ilusiones del mundo, pero algo pasa. (*Los policías alistan sus macanas*). Yo también aspiraba a ser alguien mejor pero me hicieron ver que no era muy conveniente.
Los policletos.- Así que la vida es una mierda eh. Hijo de la chingada.

(*Los policías van a golpear al chavo cuando se hace un oscuro. Se oyen golpes e insultos que luego van desapareciendo. La luz entra gradualmente mientras vemos a Darío y Sócrates mirándose perplejos*).

Darío.- ¿Qué ha pasado aquí?
Sócrates.- Le juro que no lo entiendo.

(*Darío recoge el girasol que queda donde otrora estuviera el chavo. Entra el tramoyo, le quita el girasol, carga con el señalamiento y se va*).

Sócrates.- Señor, ¿desea usted seguir con el viaje?
Darío.- Ahora más que nunca amigo mío.
Sócrates.- Sigamos pues.

(*Oscuro*).

Darío.- ¿Qué pasa ahora?
Sócrates.- ¡El mundo definitivamente se ha puesto muy extraño!
Darío.- Esto no parece mundo Sócrates.
Una voz de mujer.- ¿A dónde van guapos?
Sócrates.- ¿Quién anda ahí?
Voz.- Yo mis reyes, cómo que quién.
Sócrates.- Disculpe usted señorita, pero no la podemos ver.
Voz.- ¿No me pueden...? Ay, perdón, perdón. No me dí cuenta. Pero no se apuren, tambien pueden tocar para que se animen.
Darío.- !Oh Dios! Sócrates, ¿qué es ésto?
Sócrates.- Una mujer señor.
Voz.- Papis, parecen pulpitos.

(*La luz entra súbitamente y cachamos a Darío y a Sócrates con las manos en la masa. Sócrates quita rapidamente las manos de la masa en la que las tenía mientras que Darío se toma su tiempo*).

Sócrates.- Señor...
Darío.- Dime.
Sócrates.- Ya hay luz.
Darío.- Ya me di cuenta.
Rosa.- (*Pues así se llama*). Oigan, ¿no están ustedes ciegos?
Darío.- No, ¿Por qué pensó usted que...? (*Recibe una bofetada de Rosa*).
Rosa.- Pues ya suéltame cabrón. El truquito ese de hacerse al ciego ya me lo sé.
Sócrates.- Le juro que hace un momento no la veíamos. Todo se puso oscuro. ¿No lo vió usted?
Rosa.- Sí, y también pasó volando mi abuelita con su capa de Superman. ¿No la vieron?
Darío.- ¿Quién es Superman, Sócrates?
Sócrates.- Señor, lo que ella quiere decir es que no nos cree que todo se haya puesto oscuro?
Darío.- Usted no puede decirme eso señorita, no se veía nada.
Rosa.- Bueno ustedes qué, ¿eh? ¿Están locos o me quieren ver la cara?
Darío.- No señorita; verá, mi fiel compañero y yo salimos al mundo a enfrentarnos a eso que se conoce como realidad. Y hasta ahora tan sólo he visto unos oscuros inexplicables, un joven de la calle y a usted.
Rosa.- Ay mi rey, ni que fueras marciano. No, ya entendí. ¡Pero qué pendeja! A huevo, pero si ustedes vienen hasta su madre.
Darío.- ¿Hasta nuestra madre?
Rosa.- Uy, pero si lo que quieren es conectar, les falló. Aunque si quieren pueden darse una vuelta al antro que está aquí a dos cuadras. Digan que los manda Rosa a ver al Monki, con ese güey consiguen de tocho.
Darío.- Sócrates, creo que no entendí nada.
Sócrates.- Me parece señor que ella cree que estamos bajo el efecto de alguna droga.
Darío.- ¿Por qué piensa usted que estamos bajo el efecto de alguna droga?
Rosa.- ¿A poco no andan pachecones?

Sócrates .- Definitivamente no.
Darío.- He estudiado relativamente poco sobre los efectos de ciertas drogas como el cáñamo o el opio pero nunca he experimentado sus efectos.
Rosa.- ¿Qué es el cáñamo?
Sócrates.- La marihuana.
Rosa.- Pues la mota es otra onda papacito. ¿Te gustaría ponerte un toque? Nos lo podemos fumar juntos.
Sócrates.- No creo que sea el momento apropiado para experimentar con drogas señor.
Darío.- Sócrates, estamos aquí precisamente para conocer el mundo. Este viaje no tiene otro objeto.
Sócrates.- No, yo lo digo porque... Bueno, tiene usted razón; estamos aquí para eso. Despues de todo somos personajes de una obra, no creo que nos pase nada malo.
Darío.- Nada va a pasarnos.
Rosa.- Bueno qué, ¿van a querer un toque, o no?
Darío.- No deseamos otra cosa que un "toque" señorita.
Rosa.- Entonces hay que ir con el Monki. Sólo les advierto que se porten bien, que no tiren mala vibra porque el Monki se las gasta grueso; claro que si le caen bien es muy buena onda.
Sócrates.- ¿Y qué podemos hacer para caerle bien?
Rosa.- Si lo supiera ya habría yo evitado muchas desgracias.
Sócrates.- Señor, creo que no debemos ir. Al parecer ese señor el Moncky no es una persona de fiar. Corremos peligro.
Darío.- Salimos de un baúl, Sócrates, ¿crees tú que corramos algún peligro?
Sócrates.- Tal vez no.
Darío.- Ergo, vayamos con Elmonqui y no se hable más.
Rosa.- Mis reyes, por aquí.

(*Entra nuevamente el tramoyo arrastrando un sillón, lo coloca en su sitio y sale*).

Rosa.- Parece que nos ahorramos un oscuro.
Sócrates.- Yo no estaría tan seguro.
Rosa.- (*Al sillón*). ¿Cómo estás, papacito? Aquí te traigo a estos señores; dicen que andan buscando experiencias fuertes.
Darío.- ¿A quién le está hablando esta mujer?
Sócrates.- Yo me pregunto exactamente lo mismo.
Rosa.- ¿Qué cuántos y de a cómo?
Sócrates.- Perdón...
Rosa.- Les está preguntando el Monki que qué chingados quieren.
Darío.- ¿Insinúa usted que el señor Elmonqui está sentado en ese sillón y nos pregunta qué queremos?
Rosa.- (*Al sillón*). No sé, hace rato que me los encontré también estaban diciendo tonterías, pero dicen que no se han metido nada.

(*En ese momento entra Helmoncke. Viste su buen traje. Mientras los otros lo observan, se dirige al sillón y se sienta en él*).

Helmoncke.- Entonces si no se han metido nada, por qué chingados están diciendo pendejadas. ¿Me quieren ver la cara? ¿Son policías?
Sócrates.- Señor, yo verdaderamente no entiendo ya nada.
Darío.- ¿Notaste, Sócrates que nisiquiera hubo un oscuro?
Helmoncke.- ¿Y les crees tú eso de que no andan hasta su madre?
Rosa.- Yo ya no sé.
Darío.- Disculpe mi pregunta señor, pero ¿estaba usted ahí antes de que entrara por allá y luego se sentara... ahí? Ay Sócrates, creo que estoy perdiendo coherencia, mis sentidos están trastornados.
Sócrates.- Se lo advertí señor.
Helmoncke.- Bueno señores creo que para chiste ya fue suficiente. Si van a comprar algo pídanlo ya. De lo contrario les voy a suplicar que se retiren
Darío.- Disculpe usted nuestra perplejidad señor Elmonqui. Pero sí queremos comprarle algo. Anda Sócrates, dile.
Sócrates.- Queremos unicamente un cigarro de marihuana.
Helmoncke.- ¡Un "cigarro de marihuana"! Eso lo consiguen hasta en la tienda.
Dario.- ¿Qué pasa Sócrates?
Sócrates.- Disculpe usted nuestra inexperiencia, pero creo que con un cigarro será más que suficiente.
Helmoncke.- ¡Ah, que la chingada! Está bien, ustedes se lo ganaron.
Rosa.- ¿Qué vas a hacer Monki?
Helmoncke.- Nada, me voy a mochar con ellos. Me cayeron bien.
Darío.- ¡Oh, que bueno!
Helmoncke.- Qué no hubiera hecho yo por un churro en otros tiempos. No crean que siempre estuve donde me ven ahora.
Darío.- No sabe cuánto alivio me dá oir esas palabras. Lo ves Sócrates, no ha estado ahí todo el tiempo.
Helmoncke.- No, he tenido que pasar por situaciones muy duras, pero aquí me tienen. Uno siempre puede crecer, hacerse mejor. Señores, permítanme invitarlos a fumarse ese "cigarro de marihuana" conmigo.
Darío.- Señor, permítame darle mi más sincero agradecimiento. Es usted muy generoso al regalarnos sus drogas. Verá, mi fiel compañero Sócrates y yo salimos al mundo para enfrentarnos a...
Helmoncke.- Ya no tienes que fingir más cabrón, ya he dicho que los voy a invitar a fumar conmigo. ¿Quieres acompañarnos preciosura?
Rosa.- Pero ya se están tardadndo ¿No?
Helmoncke.- Seek, Destroy, vengan muchachos.

(*Entran Seek y Destroy. Son dos punks bastante musculosos y llenos de aretes y tatuajes*).

Seek y Destroy.- Tjhidkkdui.
Helmoncke.- Estan recien llegados de Checoslovaquia, pero ya casi dominan el español, ¿no? Armense dos toques que nos vamos a poner bien locos.
Seey y Destroy.- Guifiujdjer.

(*Se disponen en el famoso círculo mientras Seek y Destroy forjan los churros*).

Rosa.- Primero las damas, ¿no caballeros? (*Rosa recibe el toque, lo prende, le da el jalón y lo corre por la derecha*). ¡Ay cabrón! Llégale.
Seek.- (*Da el jalón y corre por derecha*). ¡ybdtyerin! dftu.
Helmoncke.- (*Idem*). ¡Ay cabrón! Llégale.
Destroy.- (*Idem*). ¡Ybdtyeriin! dftu.
Sócrates.- (*Idem*). ¡Por Demeter! Tome señor.

(*Darío toma el cigarro, se lo lleva a la boca y de pronto dice al público:*)

Darío.- Niños, no intenten ésto en casa.

(*Darío le da el jalón y se hace un oscuro durante el cuál sufre de un acceso de tos. Entra luz y vemos a todos dándole golpecitos en la espalda*).

Helmoncke.- Mira amigo, le das el jalón, respiras bien fuerte y retienes el aire un rato.
Darío.- Sí.

(*Darío intenta de nuevo y vuelve a toser*).

Helmoncke.- ¿Quieres que te ayudemos?
Darío.- Oh, claro, se lo agradecería.
Helmoncke.- Muchachos, échenle una mano al amigo.
Sócrates.- Intentelo nuevamente señor.

(*Darío le da el tercer jalón y antes de que pueda toser Seek y Destroy lo sujetan fuertemente y le tapan la nariz y la boca. Darío patalea pero no se puede safar*).

Rosa.- Ay muchachos, no sean manchados. Ya suéltenlo.

(*Darío deja de patalear. Seek y Destroy lo sueltan*).

Darío.- (*Como iluminado*). ¿Por qué? ¿Por qué todo es tan absurdo? (*Cae de rodillas*). ¡Cuán cruel es la realidad! ¡Cuán duro es ver a la decadencia cogiendose a la plenitud en un acto que invita al asco! Y cuán duro es ver que a nadie le importa. Nadie se pregunta por qué. Todos lo han permitido, todos lo siguen permitiendo. Ahora ya nadie sabe que hacer con el fruto de tal unión. Todos lo llevan en la sangre como pecado original. Han decidido cerrar los ojos ante la luz y todo se ha vuelto un sinsentido ante estos ojos cerrados. El hombre marcha sin rumbo en un mundo que gira mucho más rápido que él y se está quedando atrás. Yo he de marcharme de este mundo en el que nada entiendo, en el que buscando respuestas, sólo encuentro más preguntas.Debo irme. Pero el hombre seguirá en el mundo y la conciencia ha de surgir, en algún lugar, de algún modo extraño. La oscuridad es la prueba más grande de que la luz existe; y se avecinan tiempos de mucha luz. Tiempos vendrán en los que el hombre podrá situarse por encima de todo, como su propio dios, en la cima de su propia evolución. Cuando llegue ese momento yo regresaré. Mientras tanto,

busque el hombre el surgir de la conciencia; y búsquelo atentamente, que tiene ésta medios muy extraños de presentarse.
Los demás.- ¡Orale! Si se dió un buen pasón este güey. Sí se puso bien loco. Rtyufjm. Etc...

(*Darío levanta los brazos al cielo y comienza a caer una lluvia de cigarros de marihuana*).

Darío.- La decadencia se cogió a la plenitud y hay que encontrar al culpable.

(*Después de un momento de lluvia se hace un oscuro en el que se oyen las voces de Rosa y Helmoncke que hablan del asunto. La luz entra gradualmente*).

Helmoncke.- Rosa, ¿estás pacheca?
Rosa.- Monki, te juro que sólo me di un toque.
Helmoncke.- ¿Y viste lo que yo acabo de ver?
Rosa.- Sí.
Helmoncke.- (*Después de darse cuenta de que Darío y Sócrates han desaparecido y en su lugar está el baúl del principio*). Y también estás viendo que esos dos cabrones desaparecieron y en su lugar apareció esa cosa.
Rosa.- Lo estoy viendo.
Destroy.- Esto es un milagro.
Seek.- Ese hombre era Dios.
Rosa.- Ese hombre era Dios.
Helmoncke.- Ese hombre era Dios.

(*Entra el tramoyo con una escoba y comienza a barrer los cigarros. Le habla al público*).

Tramoyo.- Que Dios ni que la chingada.
Helmoncke.- Esto tiene que saberlo todo el mundo. (*Salen*).
Tramoyo.- Oigan ustedes, los mameyes. Ayúdenma con el sillón. (*Seek y Destroy regresan, cargan el sillón y salen*). Partida de drogadictos. "Ese hombre era Dios". Pendejos. Yo soy Dios.

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO: "Y ELLOS SIMULARON UNA RELIGION"

(*Después de la segunda llamada se oye a dos hombres gritando*).

Un hombre.- (*Desde fuera*). Orale cabrón, no chille, si bien que le gusta.
Otro hombre.- (*Idem*). Cómo no le va a gustar si es bien pinche puto.
Uno.- Tú ya ni eras quinto, ¿verdad cabrón?
Otro.- Ya apurate pareja, no nos vaya a agarrar la tira. (*Ríen*).
Uno.- Pérate güey, no me distraigas... ah, ay cabrón... Ya casi... ah... ah... Uff, puta madre.
Otro.- ¿Satisfecho pareja?

Uno.- Pus cómo no... Y tú lárgate pinche puto. Y cuidadito con seguir diciendo que la vida es una mierda.

(*Entra a escena el chavo del primer acto. Se va subiendo los pantalones*).

Chavo.- (*Al público*). ¿Puede alguien decirme lo que puede hacer un chavo drogadicto, sin hogar, sin familia, sin educación, abandonado por la sociedad que lo metió en todos estos problemas y además violado por la ley? ¿No saben? Bueno, gracias de todos modos.
Muchacha.- (*Entrando*). ¿Tú también estás buscando respuestas?
Chavo.- Sí.
Muchacha.- ¿Qué vamos a hacer?
Chavo.- No nos queda más que buscar ser mejores de lo que somos.
Muchacha.- Sí, yo ya sé lo que haré. Venderé lo único que tengo.
Chavo.- ¿A tu hijo?
Muchacha.- No... mi cuerpo. Mi hijo ya está vendido.
Chavo.- Creo que también sé lo que voy a hacer.
Muchacha.- ¿Qué?
Chavo.- Creo que comenzaré vendiendo drogas y luego me dedicaré a la política... o a la religión.

(*Entran Darío y Sócrates vestidos como turistas, ambos con lentes para el sol. Darío lleva una lamparita*).

Darío.- ¿Pero qué tanto dije Sócrates?
Sócrates.- Incoherencias señor. Estaba usted bajo el efecto de la marihuana.
Darío.- Espero que el señor elmonqui no vaya a tomar a mal lo que haya dicho.
Sócrates.- No lo creo señor. Ya lo deben haber olvidado.
Darío.- ¿Quienes son esos jóvenes?
Sócrates.- Jóvenes señor, simplemente.
Darío.- Me parece haberlos visto antes. Sigamos nuestro camino Sócrates.
Sócrates.- Señor, me parece que lo que deberíamos hacer es dudar metodicamente. Partir de que sólo sabemos que no sabemos nada... (*Salen*).

(*Entran el tramoyo, Seek y Destroy y construyen el set de televisión de "La Iglesia de los tiempos gloriosos". El Chavo se dirige al trono que alguien ha metido, se pone una túnica, se sienta en el trono y es ahora Helmoncke*).

Seek.- Prevenidos, un minuto para salir al aire.
Helmoncke.- (*A Destroy*). Date prisa hermano.
Destroy.- Ya está usted listo, señor. Bien audio.
Seek.- Cámara bien.

(*Entra la muchacha, de sobra está decir que es Rosa, y le da una linea a Helmoncke; la cual se mete con fruición*).

Destroy.- Vamos a salir al aire. Cinco, cuatro, tres, dos...

(*Entra fondo musical y letrerito de aplausos. Sale fondo y aplausos*).

Helmoncke.- Muy buenas noches tengan todos ustedes queridos hermanos que nos ven através del sagrado aparato que lleva las divinas palabras hasta todos los rincones del planeta. Hoy como siempre, nuestros satélites llevan hasta ustedes, en todos los idiomas, las veiticuatro horas del día y en la programación más variada, nuestro mensaje de paz y unión universal. Pero está noche es muy especial, pues hoy celebramos el séptimo aniversario de la fundación de nuestra Santa Iglesia de los tiempos gloriosos. Quisiera dedicar este programa a rememorar aquel día bendito en que Darío, nuestro señor, vino a darnos la nueva de una vida plena de luz, a la cual el hombre mismo habría de arrivar; pues él dijo: “Busque el hombre el surgir de la conciencia”, y añadió: “Hágalo através del uso de mi carne” Así es hermanos, el verdadero Dios vino al mundo, pidió cocaina y yo se la dí. El simplemente sonrío y dijo: “Yo soy Darío, dios de los hombres” Ante estas palabras yo ya estaba arrodillado ante él. Luego depositó la palabra en mí, junto con la tarea de esparcirla por los cuatro puntos cardinales. Entonces, con un simple gesto, multiplico la cocaina y le añadió mota y pastillas y todo tipo de drogas naturales y artificiales y luego se fue. El nos dió el mensaje y puso el ejemplo,a nosotros nos toca cumplir el mandato. Yo creo hermanos que estamos a punto de arrivar a estos tiempos de luz a los que tanto aspiramos, que tanto necesitamos. Sin embargo, aún hay gente que se niega a aceptar la palabra de Dios, gente que impide el paso al surgir de la conciencia. Y Dios mismo fue quien nos habló de la existencia de esa gente. El dijo: “Existen hombres que procuran siempre que la decadencia viole de la manera más brutal a la plenitud. Hombres que todo lo corrompen y lo ensucian. Hombres que sobre todo se niegan a la carne de Dios y la llaman ‘droga’. Estos son los enemigos y merecen morir”. Tal fue lo que ordenó Darío, hermanos, y tal es nuestra misión. Y creo firmemente que el hombre está cumpliendo. (*Aplausos*). Este es el espacio para que todos hagamos conciencia de lo que cada uno ha hecho para cumplir con la palabra de Dios. Hermanos, en este momento aparecen en nuestras pantallas los números de teléfono, fax, correo electrónico y pagina en la red a los cuales pueden recurrir para que todos seamos partícipes de sus reflecciones. Todo el que hable recibirá la respuesta del señor. (*Suena un telefono*). Recibamos la primera llamada del séptimo año. Bueno.
Voz.- Sí, bueno, ¿hablo al canal de La Iglesia de los tiempos gloriosos?
Helmoncke.- Así es hermana, ¿cuál es tu nombre?
Voz.- Oh, gracias a Dios. Llevo meses tratando de comunicarme. Mi nombre es Claudia Parker.
Helmoncke.- Buenas noche hermana. ¿Cuál es el motivo de que nos llames hoy?
Voz.- Sólo quiero decir a todos mis hermanos que he visto la luz. He encontrado la conciencia.
Helmoncke.- ¿Cómo lo has logrado hermana?
Voz.- Consumo muchos ácidos y cocaína.
Helmoncke.- ¿Eres feliz?
Voz.- Sumamente hermano.
Helmoncke.- Gracias por compartir tu felicidad con nosotros. (*Teléfono*). Bueno.
Voz.- ¿Es el programa de el Moncky?
Helmoncke.- No es mi programa hermano, es de Dios.

Voz.- Gracias por escucharme, me llamo Charles Montalvo y quiero pedir a todos los hermanos del mundo que sigamos la palabra de Dios.
Helmoncke.- ¿Por qué nos pides eso hermano?
Voz.- Porque Darío nos ha revelado la verdad.
Helmoncke.- ¿Tú sigues su palabra, hermano?
Voz.- Así es Moncky. Consumo mucha marihuana y he matado a muchos infieles, entre ellos mis padres.
Helmoncke.- He aquí un hermano con mucho valor.
Voz.- Quiero aprovechar para mandar un saludo a Miguel Angel Canto que es el que se mocha conmigo.
Helmoncke.- Va un saludo de Paz y Bienaventuranza para Miguel Angel Canto. (*Teléfono*). Bueno.
Voz.- Darío nos da su carne, bendito sea.
Helmoncke.- Bendito sea. (*Teléfono*). Bueno.
Voz.- ¿Hablo a la iglesia de la gloria... o como se llame?
Helmoncke.- Iglesia de los Tiempos Gloriosos, hermano. ¿Cuál es tu nombre?
Voz.- Me llamo Miguel Angel Canto y hablo para decir que todo ésto que hacen es una charlatanería, por no decir crímen. Son ustedes una partida de asesinos narcotraficantes. Me dan asco. Y además, Charles, ¿qué pedo, cómo que mataste a tus papas?
Helmoncke.- (*A Destroy*). Rastreen la llamada. (*Al teléfono*). Díganos señor Canto, ¿no cree usted en la palabra de Darío?
Voz.- Por supuesto que no. Yo no creo en la palabra de ningún dios. A fin de cuentas siempre resulta ser la palabra de algún hombre.
Helmoncke.- ¿Y consume usted drogas?
Voz.- ¡¿Eh?! Oh, no, claro que no. No tengo ni siquiera televisión.
Helmoncke.- Por lo tanto usted es un infiel.
Voz.- A mucha honra.
Helmoncke.- Entonces merece morir.
Voz.- Eso si pueden encontrarme.
Helmoncke.- La mano de Dios es muy grande.
Voz.- A mí no me pueden hacer nada. ¿Quién terminaría de escribir su puta obra?
Helmoncke.- (*A Seek y Destroy*). ¿Ya lo encontraron? (*Seek le dice algo al oido*). Búsquenlo y destrúyanlo. (*Seek y Destroy salen*).
Voz.- ¿Crees que me puedes encontrar? No mames.
Helmoncke.- Infeliz, arderás en la oscuridad.
Voz.- Ya estoy ahí, no te preocupes.
Helmoncke.- Ríe ahora que puedes. Anda, disfruta de tu último cafecito en el Sanborn`s de Coyoacan.
Voz.- ¡¿Qué?! ¿Cómo lo sabes? ¡Hey! Suéltenme hijos de puta. ¡Ah! ¡Aghhh!
Voz de Seek.- Ya lo tenemos, señor.
Helmoncke.- Que muera con dolor.
Voz de Destroy.- Así que Dios no existe, ¿eh?
Voz.- ¡Aghh! NO... no existe.
Voz de Seek.- Te arrepentirás de tu poca fe.
Voz.- Aggh... A ver quién termina su pinche obra... ¡Muerto soy!

(*Hay un silencio sepulcral. Entran Seek y Destroy muy preocupados y sin poder decir palabra. Helmoncke los tranquiliza y luego se dirige al público diciendo:*)

Helmoncke.- Creía ese pendejo que somos incapaces de improvisar?
Seek y Destroy.- ¡Es verdad!
Helmoncke.- Arda tranquilamente tu alma en la oscuridad Miguel Angel Canto. Esta obra estaba escrita de antemano.

(*Suena un teléfono y otro y otro más. También se oyen voces que dicen "Viva Darío", "Muerte a los infieles", "Dios nos da su carne", "Yo me meto pastas", "Y yo caballo" etc. Helmoncke dice:*)

Helmoncke.- Buscad el surgir de la conciencia hermanos y destruid a los infieles.

(*Se hace un oscuro que corta con los telefonazos y las voces. Cuando entra la luz el set ha desaparecido, entra el tramoyista con el trono y lo coloca*).

Tramoyo.- Yo la verdad ya no entiendo en qué va a parar todo ésto; pero a ver. Y luego sin el escritor... (*Va a sentarse en algún rincón*). Me encargaron que les dijera que ahorita hagan como que no ven.

(*Entran Helmoncke, Rosa, Seek y Destroy*).

Rosa.- Bueno, ¿y ahora qué vamos a hacer?
Helmoncke.- Estoy pensando.
Seek.- A ver, ¿qué gracias saben hacer?
Destroy.- Por qué no hacen una escena en donde tú le vas dando un masaje a Helmoncke mientras le vas diciendo de todo lo que es amo y señor. Y así te lo vas cachondeando hasta que quede tan ciego que ya se sienta Dios.
Rosa.- Te pido un favor, mejor no opines.
Helmoncke.- Oigan ésto: yo sugiero una escena en donde ya estemos en el próximo milenio. Imaginense que ya colonizamos dos o tres planetas y entonces yo era el emperador de toda la humanidad.
Rosa.- ¡Emperador! Pero cariño, si tu experiencia en el teatro se limita a diablo en una pastorela. Un emperador requiere de otras intensidades a las que dudo mucho que puedas llegar.
Helmoncke.- ¿Y tú dónde habías trabajado antes? ¿En una película de ficheras?
Seek.- Por caridad señores, tengamos respeto por el trabajo. Se supone que estamos aquí para divertirnos.
Rosa.- Por qué no hacemos la escena en la que en vez de decir que la gente se mate, decimos que la gente se quiera.
Helmoncke.- Lo que sucede es que en esta obra se trata precisamente de enseñar el desamor en el hombre, el deseo de poder.
Rosa.- Yo creo que estamos hablando de algo más complejo, no algo tan simple y tan visto como "El poder"

Destroy.- Hagan la escena del masaje. Tú te lo cachondeas bien rico y que este güey se sienta Dios. Eso va a pegar.
Seek.- Podríamos verlo, ¿no?
Helmoncke.- ¿Te has puesto a pensar alguna vez en la religión como una forma de poder?
Rosa.- No seas pendejo, esta obra habla de magia. ¿No te diste cuenta de que la lluvia de marihuana era un milagro?
Helmoncke.- Drogadicta.
Rosa.- Hijo de puta.
Seek.- Señores relajense, somos un grupo.
Destroy.- Si no les gusta lo del masaje entonces podemos hacer una balacera. Yo tengo unas pistolas de salva en el camerino que truenan bien chingón.
Rosa.- ¿Pueden todos ustedes dejar de decir pendejadas? (*Suena un teléfono celular*).
Helmoncke.- (*Al público*). Callen ese maldito aparato.
Tramoyo.- (*Contestando*). Bueno.
Voz.- ¿Con quién hablo?
Tramoyo.- Esta usted hablando conmigo.
Voz.- Ah, dígame, ¿cree usted en Darío?
Tramoyo.- No.
Voz.- ¿Consume usted drogas?
Tramoyo.- Pues chupo con mis cuates de vez en cuando, ¿eso cuenta?
Voz.- No, eso no cuenta, y la verdad no entiendo por qué. ¿Existe algún Dios?
Tramoyo.- La imaginación del hombre.
Voz.- Gracias al cielo. Por fin encuentro un compañero.
Tramoyo.- ¿Quién es usted?
Voz.- Miguel Angel Canto.
Tramoyo.- ¿No estaba usted muerto?
Voz.- No. Ellos creyeron que sí, pero sólo me dejaron malherido.
Tramoyo.- ¡Vaya! Quién lo iba a decir.
Voz.- ¿Qué ha sido de mi obra?
Tramoyo.- Pues optaron por la creación colectiva, pero no se ponen de acuerdo.

(*Mientras yo y el tramoyo sosteníamos nuestra conversación, Helmoncke y Rosa seguían discutiendo, aunque en voz baja*).

Helmoncke.- No carajo, que no es por eso que llegan a ese punto.
Rosa.- ¿Y entonces por qué chingados? (*Siguen peleando en voz baja*).
Tramoyo.- Ahora mismo están peleando.
Voz.- ¿Por qué?
Tramoyo.- Creo que discuten sobre el tema de la obra. (*Rosa abofetea a Helmoncke*).
Voz.- ¡Por el tema! (*Helmoncke le devuelve la cachetada*).
Tramoyo.- Sí, es una discusión intelectual. (*Rosa y Helmoncke se agarran a golpes*).
Voz.- ¡Qué cagado! Primero me mandan matar y luego no se ponen de acuerdo en el por qué. (*Seek y Destroy entran a separarlos*).
Tramoyo.- Bueno, y por cierto, ¿de qué se trata esta obra? (*Helmoncke la emprende contra Seek y Rosa contra Destroy*).
Voz.- Me creerías que no losé.

Helmoncke, Rosa, Seek y Destroy.- ¡¿Qué?!
Tramoyo.- Ellos preguntan que ¿qué?
Voz.- De verdad no sé de que se trata. Estoy muy confundido. Además, ¿tiene caso decirlo? (*Los otros cuatro se miran confundidos*).
Tramoyo.- Entonces ya no va a seguir escribiendo.
Voz.- Claro que sí. Si voy a ser malinterpretado quiero que sea por mi propia mano y no por culpa de unos actores.
Tramoyo.- Ah, menos mal.
Rosa.- Dile a ese cabrón que se meta su obra por donde le quepa. (*Sale*).
Tramoyo.- ¿Oyo usted eso?
Voz.- Sí, y dile a esa actriz que tenga por seguro que así lo haré y que va a quedar obra para ella también.
Tramoyo.- (*A los otros tres*). Colgó.
Helmoncke.- (*A Seek y a Destroy*). Son ustedes un par de estúpidos. Al proximo infiel que maten, asegúrense de que quede bien muerto.
Seek.- Disculpenos señor.
Destroy.- No volverá a pasar.
Helmoncke.- Que así sea hermanos. Ahora vayan, vayan por ahí a difundir la palabra de Darío.

(*Seek y Destroy salen. Helmoncke se sienta en su trono. Rosa entra y va a brindarle un cachondo masaje*).

Rosa.- El mundo es nuestro mi señor. Todos siguen al pastor y el pastor eres tú. El merolico de la plaza y el Papa predican tu palabra. Todos los ejercitos están dispuestos a morir por nuestra causa. Ya son muy pocos los que aún se resisten a tu poder.
Helmoncke.- Deberías decir al poder de Darío.
Rosa.- Yo misma te confundo con Darío. Cuando trato de recordar aquel día, sólo te veo a tí. ¿Quién si no tú puede ser Darío?
Helmoncke.- ¿En verdad soy Darío?
Rosa.- No es Dios quien tan sólo dice la palabra, sino aquel que realiza los actos y tú eres el acto.
Helmoncke.- Yo soy.
Rosa.- Y yo soy tu sierva mi señor.
Helmoncke.- Lo eres. (*Cachondean un momento y después Helmoncke la aparta*). No, la decadencia ha violado a la plenitud...
Rosa.- (*Tapándole la boca*). ¿Y qué es la decadencia? ¿Qué es la plenitud? ¿Quién es el culpable?
Helmoncke.- No lo seamos nosotros.
Rosa.- Quien tiene el poder queda libre de toda culpa.

(*Rosa y Helmoncke siguen en lo que estaban. Entra el tramoyo y sale empujando el trono con todo y Helmoncke y Rosa encima. Cuando salen se hace un oscuro, durante el cual se oye la voz de Darío que dice:*)

Darío.- Ay Sócrates, sigue siendo todo tan oscuro para mí. Tal vez peor que el día en que salimos.
Sócrates.- Señor, si se quitara esos lentes seguramente vería más claro.

(*Cuando la luz entra vemos a Darío y a Sócrates con su vestuario de turistas. Darío sigue con su lamparita y Sócrates ya no lleva lentes*).

Darío.- Si todo fuera una cuestión de lentes oscuros me los quitaría gustoso. Pero la cosa va más alla.
Sócrates.- Ese es el problema señor, no hay más alla. Todo, según hemos visto, es bastante claro.
Darío.- ¿Qué es lo claro Sócrates? Lo hemos visto todo... lo hemos experimentado todo y aún no podemos tener nada en las manos.
Sócrates.- ¿Y qué es lo que quería usted tener en las manos?
Darío.- Realmente... en este momento... No lo sé, Sócrates. Estoy muy confundido.

(*En este momento entran el tramoyista por un lado y Seek y Destroy por el otro. El tramoyo anda cual turísta en el Zócalo y Seek y Destroy cual policías dando su rondín*).

Sócrates.- ¿Qué tenía usted en mente cuando decidió salir?
Darío.- Yo quería enfrentarme al mundo Sócrates, comprender la realidad. Quería obtener una verdad.
Sócrates.- Yo creo que usted la ha obtenido señor.
Darío.- ¿Y cuál es la verdad, Sócrates? Hasta ahora sé que el mundo no tiene ninguna verdad formulable con palabras humanas. Sé que habitamos un marasmo de contradicciones y que algún día morimos.
Sócrates.- ¿Y que otra verdad quería obtener señor? No hay otra.

(*Seek y Destroy se acercan al tramoyo y parecen interrogarlo*).

Darío.- Pero esa verdad en inutil.
Sócrates.- Tiene usted razón; aunque también es cierto que si algo tienen las verdades es una utilidad.
Darío.- ¿Lo ves, Sócrates? ¿Lo ves? Contradices.
Sócrates.- Lo veo porque me he quitado los lentes.
Darío.- Sócrates no me hagas ésto.
Sócrates.- Tranquilicese señor. Mire, ¿ve usted a esos hombres?
Darío.- ¿Aquellos que están ahorcando a ese pobre sujeto...? Sí, sí los veo.
Sócrates.- ¿Sabe usted que lo hacen por una causa noble?
Darío.- ¿Cómo es eso posible?
Sócrates.- Así es señor. Lo hacen por defender una verdad en la que ellos creen.
Darío.- No puedo creerlo.
Seek.- (*Gritando*). Más te vale creerlo hijo de puta.
Sócrates.- Al defender ellos esa verdad el mundo adquiere sentido.
Darío.- Es como ver la vida através de...
Sócrates.- Exactamente señor. Todo está en la cabeza.

Darío.- Y las manos hacen lo suyo. Ahora entiendo Sócrates, pero si está clarísimo. Estamos en el mundo para...

(*Seek y Destroy han terminado su trabajo, sacando Seek el cuerpo exánime del tramoyista. Destroy se acerca a donde están Darío y Sócrates*).

Destroy.- ¡Hey, ustedes! ¿Qué es lo que están haciendo?
Darío.- ¡Sócrates, mira! Es uno de los que...
Sócrates.- (*Tapándole la boca a Darío*). Recorremos el mundo señor.
Destroy.- ¿Creen ustedes en Darío?
Darío.- ¿Cómo no voy a creer en él? Si soy... (*Sócrates le dá un pisotón*).
Sócrates.- Creemos señor. Que él existe es una verdad.
Destroy.- Consumen ustedes drogas.
Darío.- Las hemos consumido en todas sus especies.
Destroy.- Mmh... ¿Han buscado el surgir de la conciencia?
Sócrates.- En todo momento.
Destroy.- ¿Han metado a los infieles?
Darío.- He matado y no lo volveré a hacer.
Destroy.- A un perro, cuando estaba aprendiendo a manejar. Por cierto, que cosa tan fea el automóvil, ¿no le parece?
Destroy.- Pregunto si han matado infieles, no perros.
Sócrates.- Aún no hemos visto a ninguno de esos malnacidos.
Destroy.- Muy bien señores. (*Seek llega hasta donde están todos*).
Seek.- ¿Infieles?
Destroy.- Parece que no.
Seek.- (*Viéndolos detenidamente*). Oigan, yo a ustedes los he visto en algún lado.
Darío.- Pero si somos... (*Sócrates pellizca a Darío y le dice aparte*).
Sócrates.- Señor me temo que si no cuida su lengua terminaremos como aquel sujeto. Así que cállese. (*A Seek*). Señor, es la primera vez que venimos por aquí. No creo que sea posible que nos conozcamos.
Seek.- Les juro que me recuerdan a alguien.
Darío.- (*Quitándose los lentes*). Mi compañero tiene razón, nunca antes habíamos estado en este lugar.

(*Seek y Destroy lo miran con los ojos desorbitados. Caen de rodillas*).

Seek y Destroy.- ¡Es él! ¡El...! Dios. El cielo lo ha mandado. Dios ha regresado.
Darío.- Supongo que es inutil preguntarte qué pasa, verdad Sócrates.
Seek y Destroy.- (*Cantando y bailando*). Dios ha regresado, Dios ha regresado. Alabemos al señor.

(*Mientras ellos cantan y bailan entra el tramoyista vestido con alitas de ángel. Entra con el trono, lo coloca y sale. Seek y Destroy se dirigen al trono y como si hubiera una persona ahí dicen que Dios ha regresado*).

Darío.- Me parece, Sócrates, que esta película ya le ví.

Sócrates.- Yo también señor.
Darío.- (*Al trono*). Hola, quienquiera que esté ahí sentado.
Sócrates.- Y ahora de seguro que viene un oscuro.

(*Entra el tramoyista cargando a Helmoncke que está r´gido como un maniquí. Lo coloca en el trono y sale*).

Darío.- (*Saludando a Helmoncke*). Hola, cómo está. Soy yo, ¿se acuerda de mí? Oh, no se moleste, quédese sentado.
Sócrates.- Ahora sí, oscuro.

(*Entra el tramoyo cargando a Rosa, rígida también, la coloca junto a Helmoncke y sale*).

Darío.- (*A Rosa*). ¿Cómo está usted? Oh, sí. A mí también me da gusto verla. (*A Sócrates*). ¿Qué pasa con el oscuro? (*Ambos miran hacia la parrilla de luces*).
Sócrates.- Debe haber un cortocircuito, señor. (*Se hace un oscuro, aunque Darío y Sócrates qudan iluminados por un cenital*).
Darío.- Tenías razón cuando decías *machina: emperatrix mundi.*
Sócrates.- Es posible señor.
Helmoncke.- (*Repentinamente*). Señor, has vuelto.
Rosa.- Regresaste.
Helmoncke.- Cumplimos tu palabra tal como lo ordenaste. Mi Dios. Hemos llegado a los tiempos de luz.
Seek.- Esto se merece una transmisión especial.
Destroy.- Hay que ir por las cámaras.

(*La luz cambia a general. El tramoyo cruza la escena empujando el baúl. Helmoncke se quita la túnica y abajo tiene unas bermudas, calza tenis. El tramoyo le trae una camisa floreada que él se pone. Helmoncke, listo; todos en sus posiciones*).

Destroy.- Silencio todos, vamos a salir al aire. Cinco, cuatro, tres, dos...

(*Música de entrada y letrero de aplausos. Salen música y letrero*).

Helmoncke.- Buenas noches queridos hermanos. Interrumpimos la programación habitual para dar un reporte especial. Esta noche ha ocurrido lo que todos habíamos esperado... Nuestro trabajo arduo ha dado frutos... Esta noche... Dios ha regresado.

(*Caos de telefonazos y voces de televidentes haciendo preguntas. Gradualmente el caos de voces se transforma en un coro que dice: "Que lo enseñen", "Que lo enseñen". El coro calla repentinamente cuando Helmoncke dice:*).

Helmoncke.- Alto. Para eso estamos aquí, para darles a conocer el verdadero rostro de Dios... y el de su fiel acompañante. No había mencionado que Dios tenía un acompañante, ¿verdad?

Coro.- Nooo.
Helmoncke.- Debo haberlo olvidado. Pero bueno, con ustedes... Dios. Acércate mi señor, éste es tu lugar. (*Darío ocupa el trono y saluda a la cámara tímidamente*).
Coro.- ¡Que hable! ¡Que hable!
Darío.- Hola.
Coro.- ¡Ohhh!
Helmoncke.- Yo quisiera preguntar a Dios si es que hemos encontrado el surgir de la conciencia. Si encontramos al culpable de la vejación de la plenitud... Si han llegado los tiempos de luz.
Darío.- Perdón, de qué me está usted hablando?
Helmoncke.- Este Dios, tan simpático. Es que se mete mucha de su carne. (*El coro ríe*). Te hablo del mensaje que dejaste a los hombres el año pasado.
Darío.- Ah, cuando nos vimos la última vez.
Helmoncke.- Exactamente mi señor.
Darío.- Bueno, lo que pasa es que ese día estaba yo bien pacheco...
Helmoncke.- Lo ven, Dios fumó marihuana.
Coro.- ¿No que había sido coca?
Helmoncke.- Mhh... ¡Viva Darío!
Coro.- ¡Viva Darío! ¡El nos da su carne!
Helmoncke.- Pero dínos, Dios, ¿hemos llegado a los tiempos de luz? ¿Has regresado por eso?
Darío.- En realidad no recuerdo muy bien lo que haya yo dicho en esa ocasión, por eso no entiendo muy bien eso de los tiempos de luz de los que me habla.
Coro.- ¡¿Qué?! Seguramente ese no es Dios. Es un farsante, debe ser el demonio.
Helmoncke.- Calma, calma hermanos. Les juro que sí es Dios.
Sócrates.- Señores, Dios tiene algo que decirles.
Darío.- Pero qué es lo que quieres que les diga, Sócrates.
Sócrates.- Ellos necesitan una verdad señor, y usted tiene una para ellos.
Darío.- Sócrates, pero esa verdad...
Coro.- ¡Que la diga! ¡Que la diga!
Helmoncke.- Dínos tu palabra, mi señor.
Darío.- Está bien, está bien. Hombres del mundo, he descubierto que la vida no tiene sentido...
Coro.- Bahh. Eso ya lo sabíamos.
Darío.- Sin embargo aún no saben lo más importante. El sentido de la vida, la verdad, es...

(*Darío se levanta del trono bruscamente. Sigue hablando pero su voz no se oye*).

Coro.- No se oye. ¿Qué pasa? Esto es una tomadura de pelo. No hay audio.
Sócrates.- Señor, se la ha caido el micrófono.

(*Darío no hace caso y sigue hablando. Helmoncke y Rosa lo escuchan absortos. Destroy conduce a Darío al trono y le pone el micrófono nuevamente, éste sigue dando su discurso*).

Darío.- ...y es así, hombres del mundo, como debemos ver la vida, como lo que es. (*Silencio*).
Coro.- ¿Qué dijo? No se oyó nada. Que lo repita, que lo repita.
Darío.- Lo repetiré: La vida...
Helmoncke.- No, gracias señor, ha sido suficiente. Ya puedes callarte. Yo repetiré tu mensaje. (*Helmoncke da la orden de sacar de cámara a Darío*). El mensaje de Dios ha sido el siguiente hermanos. (*Hace una señal a Seek y a Destroy y estos se acercan amenazantes a Sócrates y a darío*). Oh, qué pasa. Dios se está elevando nuevamente a los cielos. ¡Oh, ésto es increíble! Dios regresa a su morada por segunda ocasión. Adios señor, regresa pronto...
Coro.- Adios señor. Mándanos más carne.

(*Mientras Helmoncke y la gente se despedían de Dios, Seek y Destroy acribillaban a salvazos a Darío y a Sócrates. El tramoyo entra con el baúl en el que meten los cuerpos inertes. Después de la intervención del coro se hace un oscuro. Cuando entra la luz Helmoncke está parado sobre el baúl, el set de t.v. ha desaparecido*).

Helmoncke.- ...y tal fue lo que dijo queridos hermanos. Así pues, nuestra era está en su máximo esplendor. La luz de Dios ha llegado y ya no nos abandonará jamás; viviremos el día eterno. Es por eso que de ahora en adelante todo lo veremos tan claro como es. Ahora, veamos a la luz de frente. Todo se trata queridos hermanos de no verla durante mucho tiempo. (*Del cielo cae una lluvia de lentes para el sol. Helmoncke ríe complacido. Suena su teléfono celular, lo contesta*).
Voz.- Hola, soy yo, Miguel Canto. Oye, la mano de Dios es muy grande. (*Cuelga. Se hace un oscuro y cuando entra la luz Helmoncke ha desaparecido*).
Rosa.- ¡Oh, no! Esto no puede estar pasando otra vez.
Seek.- ¡Shorekuh!
Destroy.- ¡Sjhogit!
Rosa.- Pues ya ven, el mundo suele dar muchas vueltas. Aunque he de decirles que yo siempre confié en el talento de Helmoncke para ser Dios.
Destroy.- Yuilnflk.
Rosa.- Pue sí, es ridículo. Señores, tenemos mucho trabajo que hacer.

(*Los tres comienzan a gritar "Milagro", "Helmoncke subió al cielo", "El era el verdadero Dios", "Nos dejó su mensaje y se fue". Y así, gritando y haciendo alboroto, ellos salen. Entra el tramoyo*).

Tramoyo.- ¿Qué onda con el dulce misterio de la vida? Muy misterioso, ¿no?

(*Sale empujando el baúl y silbando alegremente mientras cae lento el telón*).

FIN DE DIOGENES Y LOS OSCUROS.

México D.F. a 26 de Febrero de 1998